

#4 (20)

REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

MAR 25 1974

CONCORDIA THEOLOGICAL SEMINARY
LIBRARY
SPRINGFIELD, ILLINOIS

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

La educación cristiana de adultos.....	1
La imagen del pastor en la historia eclesiástica	11
El santo misterio y la política	16
Las cuatro puntas del deber	23
Documentos históricos relacionados con la "ordenación"	31
Bosquejos para sermones.....	38

LAS CUATRO PUNTAS DEL DEBER

Hablemos de la Iglesia. De esa iglesia a la que usted concurre o debería concurrir con regularidad: "¿De la iglesia ha dicho usted?" Pero, ¿no se está hablando mucho de ella en los momentos actuales? Todos los días aparece en la prensa diaria algún telegrama ocupándose de ella. Es cierto que hay los que hablan bien para alabarla y hay los que hablan mal para condenarla.

En realidad, se viene hablando mucho de la Iglesia. Por regla general son "los ministros que forman el cuerpo docente de la iglesia", pastores evangélicos y sacerdotes católicos. Se viene hablando mucho de la preparación cultural de estos funcionarios y de su consagración. Pero hay muchos otros que, no metiéndose con los sacerdotes ni con los pastores evangélicos, se permiten poner sobre el tapete a la iglesia misma. Se permiten decir que la Iglesia, en pleno siglo XX, es un fracaso; que este fracaso se debe a la incapacidad de los eclesiásticos para anunciar un Evangelio que tenga aplicación al momento actual; un Evangelio que tenga aplicación a los días que estamos viviendo; que ofrezca solución a nuestros pecados actuales: individuales, sociales y colectivos.

No faltan otros que miren a la Iglesia con cariño y se digan: "Estamos viviendo nuevamente en los días de Lutero. La iglesia está necesitada de una verdadera y profunda reforma." Pero lo curioso es que no solamente hablan así los que están fuera de la iglesia, sino que hacen lo mismo los que están dentro de ella. Es cosa fácil oírles decir a los laicos de tal o cual congregación, cuando están reunidos en asamblea o se les da oportunidad para hablar, que "la congregación no prospera" y del fracaso o estancamiento echan la culpa a los ministros, pastores y sacerdotes, olvidándose que la prosperidad de una congregación no corresponde únicamente a la labor de sus ministros (aunque así sea en algunos casos), sino a ellos mismos, a los fieles que no cumplen con sus deberes cristianos.

Reconozcamos que la tarea de llevar adelante una congregación es ardua; en realidad, es una "carga pesada", y esa "carga" debe ser compartida por todos los afiliados.

Pensando en esto, valdría la pena que nos detuviéramos en analizar un incidente ocurrido durante la vida de Jesús.

Dice el evangelista San Marcos que la noticia de que Jesús se encontraba en la ciudad de Capernaum corrió por las casas como reguero de pólvora. La gente que supo la noticia se dirigió en seguida hacia el hogar en el que se hospedaba Jesús a fin de escuchar de sus propios labios las palabras de vida. Tantos habían llegado a reunirse que llenaban el patio de la casa y hasta la puerta de calle estaba bloqueada por la multitud.

Mientras ésta escuchaba a Jesús, observóse que se aproximaba una procesión. Cuatro hombres portaban un jergón sobre el cual yacía acostado un paralítico. Cada uno de esos cuatro hombres cargaba con una de las cuatro puntas del jergón. Aunque la carga era molesta, incómoda y pesada, sus rostros expresaban simpatía: el paso era firme y armonioso. Al fin llegaron hasta la casa en donde se encontraba Jesús predicando, y dice el autor sagrado: "no pudieron entrar a causa del gentío".

Este incidente arroja algunas lecciones para esos cristianos críticos que encontramos en todas las congregaciones; para todos esos fieles que echan la culpa del fracaso de la marcha de la iglesia al pastor. La primera lección que se nos enseña aquí es "la importancia de la cooperación por parte de los laicos en la obra de conducir pecadores hasta Jesús".

Aquel jergón sobre el que yacía el paralítico tenía "cuatro puntas". **Una persona sola no podía cargar con él.** Esto mismo ocurre en la familia, en la iglesia y en el Estado. Cada uno de ellos es una institución compleja que necesita la cooperación entusiasta de todos sus componentes.

Pensemos en el hogar. — La esposa o madre puede ser una mujer tan ideal como la madre de Lemuel, cuya descripción encontramos en el último capítulo de los Proverbios de Salomón. Sin embargo ella sola, no obstante sus muchos esfuerzos, no podrá hacer feliz un hogar. El esposo y padre también deberá cooperar, así como cada uno de los hijos.

Pensemos en la Iglesia. — Tal vez existan razones para juzgar mal a los ministros que la sirven, pero no debemos ser

injustos. Reconozcamos que cada uno de los laicos tiene una responsabilidad que cumplir.

El pastor o sacerdote pueden parecerse en su laboriosidad y consagración a los apóstoles Pedro, Juan y Pablo. Tal vez posean todas las condiciones espirituales que reunían juntos estos tres apóstoles. No obstante, puedo asegurar que no podrán hacer que la congregación se desarrolle como debe, si toda la labor ha de recaer en los ministros que la sirven.

Si una congregación cristiana ha de llegar a ser considerada como ideal, el ministro que la sirve deberá contar con la colaboración desinteresada de cada anciano u oficial local, de cada diácono, de cada joven, de cada señorita o señora. Todos los fieles deberán cooperar con el ministro y entre ellos mismos si la congregación ha de alcanzar el resultado deseado.

Es verdad que puede ocurrir que el pastor o sacerdote sea como Mangolo, esto es, "que desee hacerlo todo solo" y "no sepa" o "no quiera" ocupar a los laicos de su congregación. Puede ser también que los miembros de la congregación, por una u otra razón, no estén dispuestos a cooperar. En este caso será bueno y justo que la congregación entera reconozca que la falta de éxito es culpa de todos ellos.

Pero hablemos un poquito del valor de la cooperación. Tomemos en consideración un montón de anillos de hierro. Sabemos que solos y separados carecen de utilidad práctica; pero si los combinamos de tal manera que podamos formar con ellos una cadena, pueden asir una embarcación a su ancla y en medio de una catástrofe salvar muchas vidas.

Preguntémonos: ¿Por qué es que un grupito de soldados o de policías, pueden enfrentar y dispersar una manifestación diez veces más numerosa? No es porque el grupito de soldados o de policías sea físicamente más fuerte o más valiente que la multitud formada por civiles; sino porque han aprendido a cooperar. Esta es la razón por la que hacen ejercicios todos los días en los cuarteles y comisarías.

Cuando examinamos las congregaciones encontramos que algunas presentan la debilidad de una turba numerosa;

otras, más pequeñas, dan la impresión de ser fuertes como un ejército.

En la escena de este paralítico "llevado por cuatro" tenemos un cuadro de la obra de la iglesia y de cómo debe ser efectuada. La Iglesia tiene el deber de conducir la humanidad enferma por el pecado, hasta el Gran Médico, Jesucristo. Y el único método para hacerlo es por medio de "la cooperación de todos los feligreses".

Te ruego que te fijes en la escena evangélica que vengo exponiéndote. Estos "cuatro hombres" que llevan al paralítico hasta Jesús, encierran grandes enseñanzas para ti, para tu congregación y para cualquier otra.

a) Cada uno de aquellos cuatro hombres "cargaba" con una de las puntas del jergón sobre el cual estaba recostado el paralítico.

En ese grupito de "los cuatro hombres" ninguno de ellos haraganeaba; ninguno de ellos tenía las manos metidas en los bolsillos. "Cada uno de ellos llevaba una punta del jergón".

Así debería ocurrir en cada congregación cristiana. En lugar de formular lamentos por la falta de progreso de la congregación y de echarle la culpa al pastor de todo este fracaso, cada uno de los feligreses debería conocer y poner en práctica el lema de la congregación: **"Cada cual cargue con la punta del jergón que le corresponde"**.

El Señor de la Iglesia no está esperando que solamente el pastor o sacerdote lleve "las cuatro puntas del jergón"; espera, sí, que cada feligrés "cargue" con la punta que le corresponde.

Si eres verdaderamente hijo de Dios, no has de sentirte feliz hasta que no cumplas con tu deber. En 1805 se libró una batalla naval frente al cabo de Trafalgar. Las flotas de España y Francia se habían aliado para enfrentar a la flota de Inglaterra. Una bala hirió de gravedad al almirante inglés Nelson. Este, sintiéndose morir, convocó a sus oficiales y les dijo: "Señores: Inglaterra espera que cada uno de vosotros sabrá cumplir con su deber".

Estas palabras del almirante inglés las dirige en la actualidad el Señor Jesucristo a cada uno de Sus discípulos afiliados con Su Iglesia: "Señores: El cielo espera que cada uno de vosotros sepa cumplir con su deber".

b) Esta escena de “los cuatro hombres” cooperando para llevar al enfermo hasta Jesús, también nos enseña esto:

1) **Cada uno llevaba “la punta del jergón” con mucho cuidado.** Aquellos cuatro hombres estaban ocupados en una labor que apelaba a sus más nobles sentimientos: “ayudar al prójimo en sus momentos difíciles”.

Tú que me lees y estás afiliado con la Iglesia de Cristo deberías hacer la parte del trabajo que te corresponde cuidadosamente; pero no sólo con cuidado, la deberías hacer con alegría.

Tal vez “lapunta del jergón” que te ha correspondido llevar sea la más pesada, la más incómoda, pero posiblemente la más importante para hacer desarrollar la obra de la congregación. En este caso, permíteme que te imparta un consejo —no te ofendas—: Nunca te quejes, nunca renuncies, nunca rezongues, nunca lloriquees, nunca gimas, nunca te lamentes. Si así lo hicieras estarías dando un mal ejemplo ante los de afuera de la congregación y harías demorar a tus camaradas, quitándoles la alegría de la vida espiritual.

Obrar de semejante manera es indigno de todo obrero cristiano consagrado a llevar adelante la obra del Señor. Recuerda en todo momento a quién estás sirviendo; recuerda cuánto le pesó a El “la punta del jergón” que le correspondió llevar sobre la cruz del Calvario para que pudieras tener vida y vida en abundancia.

2) Lleva con constancia “la punta del jergón” que te ha tocado cargar en la tarea de adelantar la obra de la Iglesia en la búsqueda de pecadores.

Supongamos que uno de aquellos cuatro hombres hubiera tenido algún problema personal y debiera, de cuando en cuando, hacer detener la marcha del grupo. ¡Cuán peligroso habría sido esto para el enfermo y cuánta molestia habría causado a sus compañeros de tarea!

¡Con cuánta frecuencia ocurre este estado de cosas en una congregación! ¡Cuán difícil es a veces al ministro que sirve la iglesia encontrar feligreses dispuestos, voluntariosos, a “empuñar una de las puntas del jergón de la iglesia” a fin de ayudar a ganar almas perdidas para Cristo!

3) Todo feligrés debería llevar "la punta del jergón" que le ha correspondido "cargar", con decisión, con entusiasmo, con el propósito de alcanzar el fin que se ha propuesto.

Cuando aquellos "cuatro hombres" llegaron con su carga hasta la casa en la que se encontraba Jesús predicando, encontraron la puerta de calle bloqueada por la multitud y por lo tanto les era imposible acercarse al Maestro divino para dar cumplimiento a la misión propuesta.

Si nosotros, feligreses en alguna de nuestras congregaciones, hubiéramos pertenecido al grupito de "los cuatro hombres", seguramente habríamos exclamado: "No se puede pasar. Hemos hecho nuestro mejor esfuerzo y hemos fracasado. Volvamos a su hogar a nuestro amigo enfermo."

Pero el relato bíblico no nos dice que a ninguno se le hubiera ocurrido semejante cosa. Si no podían entrar por la puerta, subirían a la terraza de la casa por la escalera. Harían una abertura sobre el alero que cubría el patio y por ella, valiéndose de cuerdas, descenderían cuidadosamente al enfermo hasta colocarlo a los pies mismos de Jesús. ¡Un plan realmente atrevido y temerario! ¡Aquello era una idea original! No nos dice el autor sagrado a cuál de los cuatro se le ocurrió.

Pero, ¿qué habría ocurrido si tú o yo hubiéramos formado parte del grupito formado por "los cuatro hombres"? ¡Cuántas objeciones habríamos levantado! "La escalera es demasiado empinada", hubiera dicho uno; "podríamos caernos con nuestra carga", hubiera dicho otro; "podríamos tropezar y dejar caer a nuestro amigo enfermo", hubiera expresado el que se tuviera por más sensato y, finalmente, no hubiera faltado el que dijera: "¡Interrumpir una predicación rompiendo el techo y haciendo descender a nuestro enfermo! ¡Eso de ninguna manera!"

Los hombres que pertenecen a la "Comisión de los de Poca Fe" pueden siempre presentar objeciones contra la idea constructiva de cualquiera que desee hacer algo para que progrese la congregación. **Estos hombres siempre harán oír su voz.** Cuando alguien en la congregación exprese que quiere hacer "algo" para ayudar en el extendimiento del Reino de Dios o cuando el pastor se proponga pedirle a alguien que "tome una de las puntas del jergón con la carga

de las responsabilidades de la congregación”, no faltará uno de los socios de “La Comisión de los de Poca Fe” para investigar cuidadosamente el caso y después que lo haya investigado presente sus objeciones negativas. Es casi seguro que ante cualquier sugerencia constructiva del pastor, ha de presentarse uno de los miembros de “La Comisión de los de Poca Fe” como cobarde consejero.

Bien fue para el paralítico que “los cuatro hombres” que cargaron con el jergón, agarraran fuertemente la punta que les había correspondido llevar y dijeran: “¡Vamos!”. Sabemos que las dificultades siempre producen nervios para obrar. Aquellos cuatro hombres hicieron lo que se habían propuesto hacer. Ascendieron la escalera, levantaron el techo del alero, bajaron el jergón con el paralítico recostado en él, lo pusieron a los pies de Jesús y . . . la multitud quedó asombrada, porque: “Al ver Jesús la fe de aquellos cuatro hombres, díjole al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados” y a la vista de todos el pobre hombre se incorporó, tomó su jergón, se lo echó al hombro, pidió permiso para poder pasar y se fue a su casa.”

4) Amigo cristiano, ¿por qué no te dispones a empuñar una de “las cuatro puntas del jergón” en el trabajo de tu congregación? No te entretengas en echarle la culpa al pastor por la falta de progreso de la congregación.

Fíjate: Cada uno de aquellos “cuatro hombres” de los que nos habla el Evangelio cargó “con una de las puntas del jergón”. Hicieron su trabajo con entusiasmo, con constancia. Si no hubieran cumplido con la tarea que aceptaron voluntariamente, confiando en el poder y en la palabra de Jesús, el paralítico no se hubiera incorporado. Para el éxito de su trabajo, no abandonaron ni su fe ni su confianza en el Señor.

El espíritu que caracterizó a “los cuatro hombres” de nuestra historia bíblica debería caracterizar a cada feligrés en comunión con nuestras congregaciones. Todo feligrés debería ofrecerse al pastor para hacer algún trabajo en el interés del extendimiento del Reino de Dios. Toda persona afiliada con alguna iglesia cristiana debería tener plena fe en la Palabra de Dios. El nos ha dicho: “Mi Palabra no volverá a Mí vacía”. Todo feligrés debería desear cargar con

una punta del jergón de la congregación; debería hacerlo lleno de confianza en Jesús, diciéndole mientras trabaja: "Señor: añade tu bendición a mi trabajo, porque sin tu ayuda nada podrá ser hecho", y mientras trabaja, podría expresar su alegría cantando:

Yo quiero trabajar para el Señor,
confiando en Su Palabra y en Su amor,
quiero yo cantar y orar
y ocupado siempre estar
en la viña del Señor.

Trabajar y orar,
en la viña, en la viña del Señor;
sí, mi anhelo es obrar
y ocupado siempre estar
en la viña del Señor.

Ambrosio L. Muñiz

¿Sabía Ud. que los soviéticos no deben ser simplemente ateos sino ateos militantes? Es lo que pide la revista "Ciencia y Religión", y prosigue: "No podremos cumplir nuestra tarea fundamental, preparar a los jóvenes a tomar parte activa en la construcción del comunismo, si no llevamos de manera juiciosa y activa la lucha contra la concepción religiosa del mundo". La misma revista cita los resultados de una encuesta realizada por colaboradores de la cátedra de ateísmo científico del Instituto Pedagógico de Kiev, según la cual una cuarta parte de los jóvenes interrogados se declararon ateos activos; la mitad se identificaron como no creyentes e indiferentes a las manifestaciones religiosas. La revista considera como inquietante especialmente esta última cifra, destacando que el comunismo y la religión son incompatibles entre sí, y exigiendo que "no seamos simples espectadores que esperan de brazos cruzados que la religión desaparezca por sí misma".